

El Mundo - 29 mayo 05

Texturas

Manuel Garrido Palacios

Anoche

Nombrada como *El carro de la aldea*, *El carro de Navahermosa* y *La noche del carro*, según las voces, lo cierto es que frente al encorsetamiento que sufren las fiestas populares, con sus insoportables juegos florales, sus damas y damos haciendo el paseíllo a puro sudor de estío, y el inmisericorde pregonero largando sonos desde la tribuna, este evento aldeano así llamado es un postigo de aire fresco abierto a la existencia, al gozo espontáneo de compartir latidos, al misterio de lo que tuvo que ser el origen de toda expresión humana nacida del impulso por orear los dentro vitales.

En la aldea de Navahermosa, entre Galaroza y Fuenteheridos, se celebra desde 1988 una fiesta -que coincide con la del *Corpus* o Día del Señor- conocida como *El carro*. El nombre es porque se lleva a cabo con un automóvil viejo -carro-, un 4L al que quitan motor y tripas para encajar en su panza un bocoy a rebosar de rico ponche. (Flota en el aire la idea de que el propio Baco regala el licor, pero es dato no confirmado). A las doce de la noche, un centenar de *peregrinos* de pañuelo al cuello como distintivo de lo que pudiera considerarse una cofradía, forman una comitiva en la plaza del Coso de Fuenteheridos, todos dispuestos a empujar el carro a brazo, frenarlo en las cuestas y enderezarlo en las curvas. Pero como se da el caso de que durante las cuatro horas de peregrinaje, en cada parada para descansar suelen libar unos cuencos del delicioso ponche que llevan, a lo largo del camino que media entre Fuenteheridos y Navahermosa, tal como buenamente caen, van quedando cuerpos debidamente acunados en dulces sueños. A pesar de esta merma humana, al llegar a la aldea -ya los vecinos los esperan- los que han alcanzado esta meta como han podido, elevan el carro sobre las miserias terrenales y lo procesionan a hombros por las calles entre cantos y vítores hasta exprimírle al bocoy el último suspiro.

*

Como tantas fiestas, ésta pudo surgir de la necesidad de expresar una versión libre, laica, pagana, no moldeada por los plúmbeos pregones oficiales y programas establecidos en esos días. Manuel Moya dice que su origen inmediato –aunque la esencia se difumine en los nimbos de la memoria- está en la tradición campestre y nocturna de los borrajos estivales, fiesta de tipo familiar muy apreciada en Fuenteheridos, en la que desde siempre se asaron bajo los rescoldos del fuego común patatas nuevas, sin dejar atrás la degustación del ponche artesanal fabricado por los participantes. En una de estas reuniones surgió la iniciativa hace casi dos décadas y aún hoy sigue siendo su punto de partida, tiempo en el que se han sumado nuevos *romeros* venidos de ni se sabe en una cifra que se multiplica sola.

He visto muchas fiestas por el mundo. Por eso ruego a los cofrades de este milagro lúdico, que no permitan que nadie se suba al *carro* y la subtitule como de interés nacional, regional, local o turístico, porque el único espíritu que ha de presidir esta fiesta es el de compartir la dicha del simple vivir para vivir, que parece poco.

Esto sucedió anoche en la Sierra, sin más eco que esta columna.